

Eloi Laurent, *SORTIR DE LA CROISSANCE*,
Les Liens qui Libèrent, París, 2019 (205 pp.)
ISBN: 979-1020907769

Eguzki Urteaga¹

Universidad del País Vasco

Eloi Laurent acaba de publicar su último libro titulado *Sortir de la croissance* (Salir del crecimiento) en la editorial Les Liens qui Libèrent. Este doctor en ciencias económicas por la Universidad París-Dauphine, es investigador en el Observatorio Francés de Coyunturas Económicas y profesor en el Instituto de Estudios Políticos de París y la Universidad de Stanford. Sus temas de predilección son la social-ecología; el desarrollo territorial y la economía territorial; y los nuevos indicadores de bienestar, resiliencia y sostenibilidad. Entre sus obras más recientes, conviene citar *Nos mythologies économiques* (2016), *Notre bonne fortune. Repenser la prospérité* (2017) y *L'impasse collaborative. Pour une véritable économie de la coopération* (2018).

En la introducción del presente libro, el autor constata que "vivimos bajo el imperio de los datos. Los humanos jamás [hemos] producido tantos (...) y jamás los datos han sido tan poderosos para organizar nuestras sociedades y [dirigir] nuestras vidas" (p.9). No en vano, "los datos que nos gobiernan son construcciones sociales detrás de las cuales se esconde una visión particular del mundo y unas decisiones metodológicas subjetivas y discutibles. Los datos, instrumentos de conocimiento, resultan de hipótesis, modelos [y] técnicas, pero están igualmente [impregnadas] de valores, prejuicios [e ideologías]" (p.9). Entre las manos de los decisores públicos y privados, "se convierten en instrumentos de poder" bajo la denominación de indicadores (pp.9-10).

En el contexto de la transición digital que se acelera, estos datos aluden a "las informaciones personales de los usuarios de los [aparatos digitales, que] no están puestas voluntariamente y conscientemente en libre servicio, sino utilizadas a personas transparentes por empresas opacas para ser instrumentalizadas con fines lucrativos" (p.10). Por lo tanto, los datos son "el producto de normas y, a su vez, se convierten en unas normas que influyen en las actitudes y los comportamientos humanos [como consecuencia] de la acción combinada de los investigadores y de los decisores" (p.10).

¹ eguzki.urteaga@ehu.eus

El objetivo principal de esta obra es "mostrar que [gobiernan] hoy en día nuestras economías con [indicadores inadecuados] que desvían nuestra atención de los verdaderos desafíos del inicio del siglo XXI en lugar de ayudarnos a afrontarlos y superarlos" (pp.10-11). En ese sentido, la economía tradicional representa un obstáculo no desdeñable. "Impone una visión sesgada del mundo social a través de la cual ciertos indicadores (...) dominan todos los demás determinando las elecciones colectivas cruciales, además de ser apenas debatidas en el espacio público" (p.11).

Así, "los tres horizontes de la humanidad en el siglo XXI, que son el bienestar, la resiliencia y la sostenibilidad, escapan [prácticamente] por completo a nuestros sistemas actuales de medida y de pilotaje económicos" (p.11). La cuestión del bienestar está en el origen del desarrollo humano. Puede medirse de manera objetiva o subjetiva y a diferentes escalas. Pero, para valorarlo en el tiempo, es preciso recurrir a las nociones de resiliencia y de sostenibilidad (p.12). "Darse como horizonte la resiliencia, es intentar evaluar la capacidad de una comunidad, de un territorio, de una nación o de una biosfera entera para hacer frente a unos choques económicos, sociales o medioambientales sin [desaparecer]" (p.12). De su parte, la medida de la sostenibilidad es más ambiciosa y delicada, dado que aspira a comprender el bienestar a largo plazo, "a la vez, tras el acontecimiento de choques y en tiempos [de prosperidad]" (pp.12-13).

Sobre la base de estas nociones, "la presente obra defiende una idea simple pero [poderosa]: el conjunto de la actividad económica, que es un subconjunto de la cooperación social, debe estar orientada hacia el bienestar de las personas [así como hacia] la resiliencia y la sostenibilidad de las sociedades" (p.13). Para ello, nos dice el autor, "debemos situar estos tres horizontes colectivos en el centro de nuestras reflexiones y de nuestras políticas económicas" (pp.13-14).

El bienestar y la sostenibilidad han estado durante un largo periodo en el corazón del análisis económico, antes de desaparecer progresivamente (p.14). Ese cambio se ha producido en dos etapas cruciales. "En el inicio del siglo XX, los economistas han decidido separar su disciplina de la filosofía (...) e intentar [convertirla] en una ciencia de la eficacia moldeada por la física" (p.16). Tras la Segunda Guerra mundial, "la disciplina económica se ha soñado en ciencia del crecimiento. Estas dos metamorfosis han sido simbolizadas por el advenimiento de un mismo indicador: el producto interior bruto" (p.16). No en vano, esta dominación del PIB está, hoy en día, cuestionada y "la transición del bienestar se ha puesto en movimiento" (p.16). Esto ha desembocado, en septiembre de 2015, en la aprobación, por la Organización de Naciones Unidas, de 17 objetivos de desarrollo sostenible que pretenden orientar "las políticas de desarrollo en los años venideros" (p.17).

El sacrificio del bienestar, de la resiliencia y de la sostenibilidad en nombre del crecimiento "tiene un coste humano considerable hoy en día (...), de las enfermedades respiratorias [provocadas] por la contaminación entre los niños a la desaparición de los insectos sobre los parabrisas de los coches, síntoma del [notable retroceso] de la biodiversidad" (p.18). Porque los tres horizontes de la humanidad han sido descuidados por la economía estándar a lo largo de las últimas décadas, "nuestra prosperidad está ahora mismo amenazada por las desigualdades sociales y las crisis ecológicas" (p.18). En efecto, "nuestras democracias están amenazadas de implosión bajo el efecto de la crisis de las desigualdades, que nutre el resentimiento identitario, incrementa la distancia entre los ciudadanos y mina el ideal de igualdad en todo el planeta. Nuestras sociedades están, además, amenazadas de explosión bajo el efecto de la degradación de los ecosistemas, cuya alteración pone directamente en peligro nuestras condiciones de vida, porque constituyen su base" (p.18).

La pasión por el crecimiento nos impide pensar y solucionar la triple crisis socioeconómica, ecológica y democrática que atravesamos (p.18). Dado que "el PIB mide la producción de bienes y servicios intercambiados en los mercados monetarios a lo largo de un periodo dado, contabilizando los flujos de renta, de gasto y de valor añadido", y puesto que "el crecimiento designa el aumento del nivel del producto interior bruto a precio constante", el PIB y el crecimiento solo reflejan una pequeña parte de los

determinantes del bienestar humano, "y, de ninguna de las maneras, su resiliencia ni su sostenibilidad" (p.19). De hecho, "el bienestar humano supera, de lejos, el consumo de bienes y de servicios mercantes", e "incluso para unas dimensiones básicas del bienestar económico, tales como la renta y el empleo, la pertinencia del PIB como instrumento de comprensión y de pilotaje de los sistemas económicos no está garantizada" (p.19).

Para el autor, "gobernar una economía con unos indicadores parciales y tramposos representa dos riesgos evidentes: el de no poder [identificar] ciertas evoluciones sociales capitales (...) y el de fundar unas elecciones de política económica en [engaños] y, por lo tanto, de cometer [graves] errores cuyo coste social y político puede resultar considerable" (p.20). Además, los responsables que continúan fiándose en el crecimiento no valoran dos elementos esenciales de la existencia: "la salud del cuerpo y de la mente, y la vitalidad de la biosfera" (p.20). Finalmente, "la política económica acaba por divorciarse del conocimiento científico y, más grave aún, de las aspiraciones de los ciudadanos" (p.21). Por lo cual, el crecimiento no es una solución a nuestros problemas, sino un obstáculo a su doble solución: "entorpece nuestra mirada y sesga nuestra acción" (p.21). En suma, nos dice Laurent, "la creencia en el crecimiento es una ilusión o una mistificación" (p.21).

Para salir de esta situación, "el primer enfoque, objeto de la primera parte del libro, consiste en salir de las ilusiones para levantar el velo sobre todo lo que el crecimiento esconde" (p.22). Muchos economistas piensan que "el crecimiento es un beneficio en sí y están dispuestos a sacrificar la integralidad del bienestar humano" (p.22). El segundo enfoque, objeto de la segunda parte, propone alternativas y recomienda crear nuevas instituciones. Ya existen numerosos indicadores de bienestar humano fiables "así como cantidad de reformas simples y de aplicación inmediata que permitirán anclar las políticas públicas y privadas en el siglo XXI a todos los niveles de gobierno" (p.27).

En el prólogo, titulado "el nuevo orden empírico", el autor constata que "el poder de los números se remonta a la tradición filosófica de Pitágoras y de sus discípulos" (p.31). Percibidos desde hace siglos como claves para "descifrar, a la vez, la naturaleza y el espíritu humano, las cifras y los números se han convertido en unos instrumentos de conocimiento integrados a las matemáticas y a la física modernas. Simultáneamente, a partir del siglo XVIII y, más aún, en el [siglo] XIX, se han transformado en instrumentos de potencia política y de control social" (p.31).

El poder de lo que denominamos, hoy en día, datos está "íntimamente vinculado a la emergencia del Estado-nación, institución por excelencia de la era moderna, que ha usado y abusado de la contabilidad para establecer su soberanía" (p.32). Contar las personas y medir los recursos disponibles se halla en el fundamento de la economía política (p.32). De hecho, "la ciencia de la estadística ha nacido como una contabilidad de Estado, por el Estado y para el Estado" (p.32).

Ha sido concebida inicialmente para garantizar la viabilidad financiera de la guerra (p.32). Con el transcurso del tiempo, Adolphe Quetelet, aplicando el análisis de las probabilidades a los comportamientos humanos, "ha transformado la contabilidad soberana en estadísticas sociales" (p.32). Después de la Segunda Guerra mundial, "con la expansión de [las esferas] económica y social en el seno de las actividades del Estado, unos sistemas de contabilidad nacional armonizados y cada vez más complejos han sido elaborados" (p.33).

En la actualidad, "los datos están por todas partes en [el ámbito] de [la] acción pública: los Estados gobiernan [a través de] los números, [al tiempo que] están gobernados por ellos" (p.33). Ese gobierno por los números (Supiot, 2015) "es el producto del reino de la economía sobre la política y [sustituye], poco a poco, el gobierno [basado en] el derecho" (p.33). La Unión Europea, tal y como existe, "está ampliamente gobernada por los números y, progresivamente, [ha sido] devorada por ellos, mientras que la construcción europea se había [desarrollado] hasta el inicio de los años noventa según una lógica más jurídica que

económica" (p.34). Salir del crecimiento, es decir de la cultura de la disciplina del PIB, estima Laurent, "se ha convertido en una necesidad vital para Europa" (p.35).

En el primer capítulo, dedicado a la omnipresencia de los números en Europa, el economista galo considera que se pueden oponer tres desmentidos al PIB: "un desmentido técnico, un desmentido práctico y un desmentido simbólico" (p.39).

- Desde un punto de vista técnico, el PIB puede ser definido como un indicador [heterogéneo] que mide una actividad económica comercializable y monetizada" (p.42), de modo que "el PIB, no solamente [enturbia el panorama] social, sino que, [además], oculta unas dinámicas cruciales en términos de bienestar y de sostenibilidad" (p.43). De hecho, si las cualidades formales del PIB han mejorado a lo largo del tiempo, sus cualidades de fondo se han deteriorado. "Esta debilidad es reforzada por la utilización abusiva de ese indicador para evaluar y representar unas realidades que jamás [debía haber] medido" (p.47). Porque la crisis del PIB es sustancial y no solamente formal, "los diversos intentos [que pretenden] restaurar su pertinencia (...) resultan muy insuficientes" (p.47).
- Asimismo, el PIB carece de interés práctico, según el autor, ya que "el estado de las desigualdades influye tanto en la producción como en la redistribución" y "el crecimiento apenas pesa [en comparación con] los parámetros esenciales que determinan el gasto social, cuya mayor parte, en Francia, está dedicada a la sanidad y a las pensiones" (p.50). En efecto, "la amplitud del gasto social no [depende] del tamaño del PIB, sino de las elecciones de reparto y de la eficacia de ese reparto" (p.50). Además, "los equilibrios de los regímenes sociales dependen fundamentalmente de parámetros estructurales, como la demografía (...), y de comportamientos" que aluden a la actividad y al empleo (pp.50-51).
- Por último, el PIB carece de fundamento simbólico, dado que no es asimilable al progreso (p.53).

La primera parte del libro, que se titula "atravesar las apariencias para salir de las ilusiones", debuta por el tercer capítulo que mira hacia atrás antes de mirar hacia adelante. Según Laurent, salir del crecimiento implica "salir de la ilusión según la cual el crecimiento ha sido la fuente de la prosperidad humana a lo largo de los últimos siglos" (p.57). En realidad, el progreso del desarrollo humano ha coincidido con un incremento de la población (p.57). Además, "debe mucho más a la sanidad y a la educación que al crecimiento del PIB, no solamente en los países desarrollados, sino también en los países en desarrollo" (p.57). Así, "las mejoras en materia de sanidad y de educación explican el 85% del índice de desarrollo humano a lo largo de los últimos ciento cuarenta años" (p.58).

La perspectiva histórica nos muestra que, el crecimiento del PIB no ha permitido el desarrollo humano, sino que "la mejora sin precedentes de la sanidad y de la educación (...) (...) ha permitido la expansión económica del siglo XX, reflejada (...) parcialmente por el aumento del PIB" (p.58). Para enriquecer la noción del bienestar, sin limitarla a la sanidad, la educación y la renta, es preciso distinguir tres círculos concéntricos que permiten comprender la complejidad del bienestar humano (p.59). Esta representación tiene tres implicaciones esenciales (p.62).

- La primera es que el PIB solo comprende una pequeña parte de la complejidad de las sociedades modernas (p.62). "Mide una fracción del bienestar económico, pero no su [globalidad] y [apenas] tiene en cuenta otras dimensiones del bienestar y en absoluto [toma en consideración] la cuestión ecológica" (pp.62-63). Además, "si el PIB mide parcialmente ciertas dimensiones del desarrollo humano (...), lo hace en función de su coste contable" y no de los resultados o beneficios reales que procuran a las personas (p.63).

- En virtud de la segunda, "las dimensiones del bienestar son acumulativas", es decir que permiten asociar el bienestar humano y el bienestar social, así como el bienestar individual y el bienestar colectivo (pp.63-64).
- La tercera alude a las sinergias existentes entre bienestar, resiliencia y sostenibilidad, dado que, "sin sostenibilidad y sin resiliencia, el bienestar es solo una ilusión a corto plazo" (p.64) y "la sostenibilidad sin bienestar es solo un ideal" (p.65).

En suma, es preciso ir más allá que el PIB, "no tanto constituyendo un único indicador [heterogéneo] alternativo (...), sino [apoyándose] en unos indicadores específicos a cada una de las dimensiones políticas que forman juntas la piedra angular del bienestar humano" (p.66).

En el cuarto capítulo, centrado en las desigualdades, Laurent constata que "el efecto más inmediato, más duradero y más peligroso de las desigualdades sociales es que erigen entre las personas de una misma comunidad unos muros que acaban impidiéndoles verse, cruzarse, conocerse" (p.67). Efectivamente, "el crecimiento ha ocultado la crisis de las desigualdades que se desarrolla por todas partes en el mundo desde hace unos treinta años" (p. 68). Es un escudo detrás del cual la justicia ha sido sacrificada (p.68). "Esta obliteración de la equidad por la eficacia es un fenómeno reciente que data del siglo XX" (p.68).

Lo cierto es que el crecimiento es un acelerador de las desigualdades, porque las posibilita: "el crecimiento es un sustituto a un justo reparto de la renta" (p.69). A la vez, ineficaces a corto plazo y desestabilizantes a largo plazo, las desigualdades "son un ácido que roe, poco a poco, todos los vínculos sociales" (p.69). Según el autor, "al menos tres tipos de desigualdades pueden oponerse a la eficacia postulada por la economía neoclásica: la desigualdad entre los seres vivos (humanos y no humanos), las desigualdades entre humanos de hoy en día (desigualdad sincrónica o intrageneracional), [y], por último, las desigualdades entre los humanos [actuales] y los [del futuro] (desigualdad diacrónica o intergeneracional)" (p.71).

Las desigualdades, no son solamente injustas, sino que son igualmente "ineficaces e insostenibles" (p.71). Varios estudios demuestran que "la crisis actual de las desigualdades (...) obstaculiza los avances en [unos ámbitos] clave del bienestar humano y del dinamismo económico" (pp.71-72). Así, Joseph Stiglitz (2012) explica que "la desigualdad de renta favorece las rentas [de situación] en detrimento de la innovación y asfixia progresivamente el desarrollo económico" (p.72). Pero, fundamentalmente, "la desigualdad es un ácido que roe la cooperación humana, [ya que] disminuye la confianza entre las personas y en las instituciones, y [dificulta] la búsqueda de conocimientos compartidos" (p.72). La desigualdad afecta, igualmente, a la resiliencia y a la sostenibilidad, como lo ha mostrado Elinor Ostrom (p.72).

En ese contexto, la economía de las desigualdades irrumpe de nuevo con fuerza en los últimos quince años tomando el relevo de dos pioneros: Amartya Sen y Anthony Atkinson (p.73). "Dos resultados fundamentales han sido establecidos [a propósito] del estado y la evolución de la desigualdad de renta y de riqueza" (p.93). Por una parte, Thomas Piketty y sus colaboradores "han documentado el auge de las desigualdades nacionales o desigualdades en el seno de los países" (p.74). Y, por otra parte, si las desigualdades internas se han acentuado, la desigualdad internacional ha empezado a disminuir a partir del año 2000", pero a un ritmo muy lento (p.78).

En el quinto capítulo, que se interesa por el final del ocio, el economista francés cuestiona dos postulados: "el primero que vincula el aumento del crecimiento al aumento del empleo; [y] el segundo que [afirma] una separación clara entre empleo y ocio" (p.81). En primer lugar, puede demostrarse que "crecimiento y empleo están desconectados en términos cuantitativos" (p.81); sabiendo que "la verdadera cuestión es la de la relación existente entre aumento del crecimiento y calidad del empleo", de la que Estados Unidos ofrece una perfecta ilustración (p.82). Además, se observa una desconexión entre salarios y productividad del trabajo así como una insatisfacción creciente en el trabajo (p.84). En segundo lugar,

"la cuestión del bienestar en el trabajo hace referencia a aquella, más importante todavía, de la invasión del bienestar por el trabajo" (p.85). De hecho, "si trabajo y ocio no están claramente separados, sino, al contrario, cada vez más [interconectados] por la transición digital, esta no conduce (...) al final del trabajo sino al final del ocio" (p.85). En ese sentido, la transición digital induce una dinámica caracterizada por la confusión del trabajo, el fin del ocio y el deterioro de la calidad de vida (p.85).

En el sexto capítulo, que se adentra en "la enfermedad del crecimiento", Laurent subraya que se trata de una "patología que impide ver la degradación manifiesta del bienestar humano en nombre de la buena salud del PIB" (p.87). Así, los Estados Unidos, que "tenían una de las esperanzas de vida más altas del planeta en los años sesenta, presentan, hoy en día, la (...) peculiaridad de ver su esperanza de vida retroceder" (p.87). Según el autor, "el crecimiento ha jugado un rol (...) acelerador de la grave crisis sanitaria [norteamericana]. En Estados Unidos, el sistema sanitario privado nutre el PIB sin proteger a las personas" (p.88). En efecto, "el deterioro de las condiciones de trabajo (...) y la estagnación de los niveles de vida han engendrado una desocialización que ha conducido a la emergencia de comportamientos cada vez más destructivos para las vidas humanas" (p.88). Ante esta crisis sanitaria, se ha fomentado el consumo de opiáceos que han provocado un fuerte incremento de los fallecimientos por sobredosis (p.89).

Pero, "el crecimiento no se conforma con ocultar la relación esencial entre bienestar, salud y ecosistemas, [dado que] la desestabiliza profundamente" (p.89). El problema de la contaminación urbana lo ilustra perfectamente, ya que la polución tiene consecuencias en términos de mortalidad y de morbilidad (p.89). Así, en Francia continental, la contaminación por partículas finas provoca más de 48.000 fallecimientos cada año, es decir el 8% del total (p.90). Para Laurent, "la salud medioambiental es una solución ineludible a la crisis sanitaria actual, [puesto que] la ecología es [sinónimo de] salud" (p.93).

En el séptimo capítulo, que se interesa por la globalización de la soledad, el investigador galo constata que existen diferencias considerables en términos de nivel de satisfacción en la vida a nivel planetario (p.97). "Los países del mundo donde la felicidad es la más elevada son homogéneos tratándose, no solamente de su alto nivel de felicidad, sino también de los diferentes determinantes de ese nivel" (p.99). Esto pone de manifiesto "la importancia de los vínculos sociales [en] la felicidad" (p.99). Además, estos vínculos explican "las variaciones de la felicidad en el tiempo" (p.99).

De manera general, "son ante todo los elementos humanos que [hacen] los humanos felices" (p.99). De hecho, los principales determinantes de la felicidad, por orden de importancia, son los vínculos sociales, la esperanza de vida en buena salud, el nivel de generosidad y, negativamente, el nivel de corrupción (p.99). En otras palabras, "la simple correlación entre el PIB por habitante y la satisfacción [vital] esconde otros determinantes más importantes de la felicidad" (p.100). Por lo cual, si las administraciones públicas desean aumentar el nivel de felicidad de sus ciudadanos, "deben mejorar directamente los resortes más decisivos", lo que implica, por ejemplo, luchar contra el aislamiento social y la soledad (p.100).

Así, el fenómeno del aislamiento social y de la soledad es masivo en Estados Unidos y prefigura "una tendencia generalizada en los países de la OCDE (...), afectando especialmente a los más jóvenes" (p.101). Esto resulta, en parte, de la hiperconexión digital (p.102). Efectivamente, varios estudios demuestran la relación entre "uso de las redes sociales y sensación de aislamiento social" (p.102). En ese sentido, "la conexión digital juega contra la relación social, [ya que] las redes sociales devoran los vínculos sociales, lo que mina su bienestar" (p.102). El mundo laboral contribuye, asimismo, a "la epidemia de la soledad" (p.103). Las presiones que padecen los trabajadores "aislan, cada vez más, los individuos de sus familias [y] amigos, [es decir] de su red de sociabilidad, [al tiempo] que la soledad aumenta (...) en el lugar de trabajo. Se sobreponen, por lo tanto, aislamiento social por el trabajo y soledad en el trabajo" (p.103).

En el octavo capítulo, que se centra en la recesión democrática, el autor pone de manifiesto que, después de la crisis financiera iniciada en 2008, "la reactivación económica ha coincidido con la recesión

democrática" (p.107). De hecho, si se ha producido una progresión de la democracia durante la segunda mitad del siglo XX, la última década ha sido sinónima de retroceso democrático. "A lo largo de ese periodo, 105 países han conocido una disminución clara de [sus] libertades. [Y], el número de países que [muestran] una [pérdida de libertades] en 2016 es la más importante registrada desde el inicio del periodo de retroceso" (p.109). Ese fenómeno es perceptible en Europa central y oriental, siendo Hungría un caso paradigmático (p.109).

Este fenómeno se explica por el hecho de que "la democracia está, hoy en día, minada por una polarización destructiva que resulta, en parte, de la crisis de las desigualdades [y] de la crispación identitaria que [se deriva] de ella" (p.110). Esto se ha traducido por un auge de los partidos extremistas que progresan tanto en votos como en escaños en numerosos países. En Europa, por ejemplo, estas formaciones han progresado en 17 de los 28 países que conforman la Unión (p.111). "Esta oleada de polarización política es mundial" (p.113). Así, el economista Dani Rodrik (2018) estima que el voto extremista representa cerca del 25% en varios países. Esta polarización es acentuada por "una balkanización del espacio público bajo el efecto de las redes sociales, de la que los poderes autoritarios hacen un uso inmoderado" (p.113).

En el noveno capítulo, que se titula "la economía de la pesadez", el economista galo indica que "la economía de la [ingravidez] es un [espejismo] o una mitología que esconde la rematerialización a la obra bajo el efecto de la transición digital" (p.115). En otras palabras, la desmaterialización de la economía como consecuencia de la transición digital es una falacia. La dominación humana sobre la biosfera se produce a tres niveles. "Por orden decreciente de profundidad: la explotación del subsuelo (la extracción de los recursos naturales); la colonización de la superficie de la tierra y la explotación del suelo; [y] la explotación de lo vivo, es decir de la biodiversidad" (p.117).

- En el primer nivel, "la economía mundial ha extraído en 2017 tres veces más recursos naturales que en 1970" (p.117). A su vez, el consumo de recursos naturales por habitante no para de crecer, pasando de 13 a 15 toneladas en Europa ente 2000 y 2010, y alcanzando 16 toneladas en 2017 (p.119).
- En el segundo nivel, la colonización de los suelos prosigue. "En 2000, el 55% de la biosfera está acaparada por unas actividades humanas intensivas [y] el 20% está en estado semi-natural" (p.121).
- En el tercer nivel, la explotación de lo vivo continúa provocando una crisis de la biodiversidad. Esta crisis es cada vez más aguda y tiene consecuencias considerables sobre el bienestar humano (p.122). "Si el crecimiento económico oculta la destrucción y la apropiación desigual de los recursos naturales, el comercio mundial esconde el efecto de los flujos mundiales de recursos naturales" (pp.122-123).

En el décimo capítulo, que concluye esta primera parte, Laurent analiza el crecimiento chino. De hecho, "la historia contemporánea de China es la ilustración más [significativa] de los límites fundamentales del crecimiento económico. Más precisamente, la trayectoria vertiginosa del desarrollo chino permite disipar ciertas mitologías económicas, dado que 1) el crecimiento económico no reduce las desigualdades y no aumenta la felicidad; 2) el crecimiento económico, alimentado por el liberalismo económico, no engendra el liberalismo político; y 3) el crecimiento económico no es la solución a las crisis ecológicas (p.127). En cuatro décadas, "China [se ha convertido] en la primera potencia económica del mundo" (p.128) y "el producto interior chino por habitante [ha sido] multiplicado por 58" (p.129).

Por lo cual, la experiencia china cuestiona la hipótesis formulada por Simon Kuznets según la cual, tras un aumento inicial, se produciría una reducción gradual de las desigualdades de renta a medida que el desarrollo económico de un país progresa (pp.129-130). De hecho, "China es, hoy en día, uno de los países más desiguales del mundo, con un índice de Gini estimado en el 0,5%" (p.130). Más aún, se produce

lo contrario de la tesis avanzada por Kuznets, ya que "las desigualdades aumentan con el crecimiento y se reducen cuando este retrocede" (p.130). Y, si China ha jugado "un rol innegable en la reducción considerable de la pobreza monetaria en el mundo", esta resulta de "la política de lucha contra la pobreza" (p.131).

El desarrollo chino, considerado por sus propios dirigentes, como "inestable, desequilibrado e insostenible", se basa en la siguiente fórmula: "la masa humana multiplicada por la velocidad del crecimiento es igual al impacto ecológico" (p.135). Esto cuestiona "la idea básica de la curva medioambiental de Kutznets" (p.135). En cuanto a los flujos de materia y al metabolismo económico, datos recientes muestran que China se ha convertido en la primera potencia extractiva del planeta. "Mientras que China representa, en 2010, el 14% del PIB mundial, consume el 17% de la biomasa, el 29% de las energías fósiles, el 44% de los minerales, para un consumo interior material que acapara el 34% de los recursos naturales planetarios" (pp.135-136). En segundo lugar, en materia climática, "China [emite], hoy en día, el 28% de las emisiones mundiales de dióxido de carbono" (p.136). Además, "la contaminación del agua, del agua subterráneo y del aire es crítica" (p.136).

En la segunda parte, dedicada a la transición del bienestar, el autor distingue tres etapas para que sea exitosa, sabiendo que la transición es un proceso dinámico que aspira a alcanzar un objetivo. Estas tres etapas son las siguientes: "fijar un horizonte a alcanzar (estado deseado), caracterizar precisamente los problemas a resolver (estado a superar), y dibujar una vía practicable de un estado a otro (movilizando especialmente a instrumentos de política pública)" (p.143). Así, "la transición energética hacia la economía baja en carbono a nivel mundial supone, [en primer lugar], reconocer los peligros del mix energético mundial actual (...), [fomentar, en segundo lugar], unas economías que utilicen menos energía y una energía renovable al 100%, y, [en tercer lugar], desarrollar, para pasar del primer al segundo estado, la eficacia energética, la sobriedad energética y las fuentes de energía renovable" (p.144).

Según el autor, es preciso realizar varias constataciones. Por una parte, "la salida del capitalismo no induce una salida del crecimiento y de sus efectos destructivos" (p.144). Por otra parte, el capitalismo no necesita un crecimiento perpetuo para sobrevivir (p.145), como lo muestra el ejemplo japonés. Por último, el capitalismo es compatible con el bienestar humano, como lo ponen de manifiesto los países escandinavos (p.146).

Laurent, además de subrayar la evolución del capitalismo y la diversidad de sus formas, insiste en la necesidad de distinguir capitalismo y economía de mercado que significa "la existencia de derechos de propiedad, la competencia por el beneficio, la cultura del consumo y unos mercados relativamente libres" (p.147). Por lo cual, el debate no gira en torno "al capitalismo y a la necesidad de salir de él, e incluso de abatirlo o de destruirlo", sino de determinar el rol de las instituciones y de las políticas [públicas], tales como la fiscalidad, la redistribución y la regulación (p.148). En ese sentido, se trata de considerar el papel de las administraciones públicas en el capitalismo. De hecho, "la potencia pública puede servir de poder de regulación, de [contra-poder] o de acelerador" (pp.148-149). A tal efecto, pueden utilizar nuevos indicadores, tales como los objetivos de desarrollo sostenible de Naciones Unidas, para orientar sus políticas públicas (p.153). Pueden actuar a cuatro niveles: "el nivel europeo, el nivel nacional, el nivel territorial y el nivel de la empresa" (p.154).

En el decimosegundo capítulo, que se centra en la acción a nivel europeo, el autor constata una paradoja manifiesta: "por una parte, la Unión Europea ha intentado convertirse en el estandarte de la agenda [denominada] 'más allá del PIB' (...); y, por otra parte, las instituciones europeas se han convertido en todavía más rígidas en la aplicación de los criterios (...) de estabilidad y de convergencia, todos ellos calculados en porcentajes del PIB, y que desestabilizan [y] fracturan" (p.155). En ese contexto, existe un riesgo de yuxtaposición de los indicadores (p.156). Al contrario, nos dice el economista galo, "convendría, según una lógica de integración, encastrar los indicadores de bienestar y de sostenibilidad en la decisión

pública" (p.156). Para ello, es preciso que el parlamento europeo pueda organizar un debate "nutrido por los indicadores de bienestar y de sostenibilidad, y orientado por los valores europeos y las prioridades nacionales" (p.156). A su entender, iniciar un ciclo de desarrollo sostenible a nivel europeo implica modificar al menos tres dimensiones: ver lejos, contar justo y compartir la palabra (pp.157-158).

En el decimotercer capítulo, que aborda la acción a nivel nacional, el autor estima que "el procedimiento presupuestario es el lugar por excelencia de las reformas que pueden acelerar en poco tiempo la transición del bienestar, porque es el lugar de nacimiento histórico del poder parlamentario en el proceso político" (pp.161-162). A día de hoy, "23 países afirman haber tomado medidas para integrar los indicadores de desarrollo sostenible de Naciones Unidas en sus procedimientos presupuestarios. Pero, la gran mayoría de estas reformas son unos procedimientos de presentación o de [acomodo del reparto de los recursos públicos existentes], e incluso unos procedimientos de manipulación grosera de la opinión pública, como en el caso de Francia" (p.162).

Precisamente, en el Hexágono, la ley del 13 de abril de 2015, "aprobada por unanimidad por la Asamblea Nacional francesa el 29 de enero de 2015, aspira a la toma en cuenta de los nuevos indicadores de riqueza en la definición de las políticas públicas" (p.162). En teoría, constituye "un instrumento ideal para dar a los indicadores de bienestar el poder político del que carecen" (p.162). No en vano, el proceso de selección de los nuevos indicadores de riqueza ha sido problemático, ya que el gobierno galo ha elegido en solitario 7 de los 10 indicadores finalmente seleccionados (p.163). "No solamente el gobierno ha elegido él mismo los indicadores [que pretenden ser] alternativos al crecimiento, sino que los ha instrumentalizado para hacer su [propaganda] ante la opinión pública" (p.167).

Según el autor, es preciso mejorar "la información estadística de la representación nacional y el uso de los indicadores de bienestar y de sostenibilidad de cara a transformar las políticas públicas para adaptarlas al siglo XXI" (p.172). Tres criterios son susceptibles de influir en las orientaciones, del proyecto de ley de finanzas por ejemplo: la evolución de las desigualdades, el mantenimiento del patrimonio nacional (...) y el lugar de Francia en el mundo" (pp.172-173). Asumir estos tres criterios para aprobar el presupuesto nacional significaría "salir del reino de los objetivos intermedios que son la reducción de los déficits públicos y el crecimiento del PIB" (p.174). Otros países comparables se han involucrado, en mayor medida, en la transición del bienestar, con fortunas diversas.

En el decimocuarto capítulo, que aborda la acción de los territorios, Laurent observa que, en la actualidad, "en el camino de la transición del bienestar humano, las ciudades muestran la vía [a seguir] a los Estados-naciones. El caso de Estados Unidos es llamativo" (p.179). De hecho, grandes ciudades "han [tomado] recientemente unas iniciativas de medida y de mejora del bienestar, inscribiéndose radicalmente a contracorriente del gobierno federal" (p.179). "Es obrando en red, intercambiando las mejores prácticas, aprendiendo y cooperando, que las ciudades revelan su [capacidad] de arrastre y pueden compensar la fuerza de inercia de los Estados" (p.179).

Tres factores clave explican por qué los territorios son los mejores vectores de la transición del bienestar (p.179). El primero estriba en "su potenciación bajo el doble efecto de la globalización y de la urbanización" (p.179). El segundo alude a "la necesidad de medir y de mejorar el bienestar humano lo más cerca [posible] de las realidades vividas por las personas" (p.180). El tercero hace referencia al hecho de que "los territorios son mucho más ágiles que los Estados" (p.180). "Una vez el bienestar definido a nivel territorial por los propios habitantes, las iniciativas locales pueden ser elaboradas en materia de indicadores alternativos de orientación presupuestaria" (p.187).

En el decimoquinto y último capítulo de esta segunda parte, consagrado a la acción a nivel de las empresas, el autor recuerda que "una empresa es una asociación humana nacida para hacer vivir una idea en el respeto de las reglas del juego social" (p.189). Por lo tanto, una empresa que se limitaría a hacer

beneficios sería "una empresa pobre" (p.189). Para salir de la simple búsqueda del beneficio, nos dice Laurent, es necesario redefinir el lugar de la empresa en el sistema económico. Una empresa es, a la vez, "un organismo y un ecosistema. Como organismo, debe respetar el entorno en el que evoluciona; como ecosistema, debe respetar los organismos que la componen" (p.189). Por lo cual, la inteligencia colectiva de una empresa debe ser tanto interna como externa: "externa por su contribución a los bienes comunes; interna por su contribución al bienestar humano" (p.190).

En el apartado de conclusiones, titulado "el límite del desarrollo", el economista galo recuerda que "el crecimiento de las naciones, [la capacidad de atracción] de las ciudades, el beneficio de las empresas son, en el siglo XXI, [unos objetivos], no solamente inútiles, sino también (...) contraproducentes, porque socavan sus propios fundamentos" (p.195). Las alternativas existen: "el bienestar, la resiliencia [y] la sostenibilidad. Los medios para alcanzarlos están a nuestro alcance: la transición del bienestar puede apoyarse en la reforma de los procedimientos presupuestarios a todos los niveles de gobierno para convertirse rápidamente en una realidad" (p.196).

El desarrollo, que ha sido durante un largo periodo un objetivo universal, tanto económico como político, "es, hoy en día, un límite común a superar" (p. 196). Según el autor, dos pistas especialmente prometedoras consisten en articular la cuestión de la sostenibilidad a la de la justicia, por un lado, y en abandonar el crecimiento económico como horizonte de las sociedades contemporáneas, por otro (p.199). "Se trata de convertir el límite actual en un límite justo, pasando del límite de la desigualdad a aquella de la responsabilidad. Es, sin duda, el vínculo más esencial y más paradójico ente la crisis de las desigualdades y las crisis ecológicas: la crisis de las desigualdades es una escuela del límite de la que podemos sacar provecho para acentuar y resolver nuestras crisis ecológicas" (p.203).

Al término de la lectura *Sortir de la croissance*, que aborda un tema de suma actualidad, se valora el esfuerzo realizado por el autor por hacer dialogar la ciencia económica y las demás ciencias sociales en su cuestionamiento de la pertinencia de la noción de crecimiento medido por el PIB. Lejos de conformarse con una crítica rigurosa, exhaustiva y convincente de ese concepto y de estos instrumentos estadísticos, propone una vía alternativa basada en el bienestar, la resiliencia y la sostenibilidad. Precisa su propuesta declinándola a nivel europeo, nacional, territorial y empresarial. Para ello, hace gala de un pensamiento articulado, una expresión clara y una terminología accesible que propician la comprensión de sus tesis y que convierten la lectura de esta obra en sumamente agradable. El uso de tablas y de gráficos acentúa estas virtudes así como la incorporación de apartados que profundizan temas específicos, tales como La ley Sas, sin entorpecer la lectura de la obra.

En suma, la lectura del último libro de uno de los economistas más prometedores de la nueva generación es sumamente recomendable de cara a garantizar un futuro sostenible tanto social, económica como medioambientalmente.

BIBLIOGRAFÍA

Laurent, Eloy (2012): *Economie de la confiance*, París, La Découverte.

Laurent, Eloy (2016): *Nos mythologies économiques*, París, Les liens qui libèrent.

Laurent, Eloy (2017): *Notre bonne fortune. Repenser la prospérité*, París, PUF.

Laurent, Eloy (2018): *L'impasse collaborative. Pour une véritable économie de la coopération*, París, Les Liens qui Libèrent.

Laurent, Eloy (2019): *Sortir de la croissance*, París, Les Liens qui Libèrent.

Rodrik, Dani (2018): "Populism and the Economics of Globalization", *Journal of International Business Policy*.

Stiglitz, Joseph (2012): *Le prix de l'inégalité*, París, Les Liens qui Libèrent.

Supiot, Alain (2015): *La gouvernance par les nombres*, París, Fayard.